



América Latina Hoy

ISSN: 1130-2887

latinohoy@usal.es

Universidad de Salamanca

España

Mainwaring, Scott; Zoco, Edurne

Secuencias políticas y estabilización de la competencia partidista: volatilidad electoral en
viejas y nuevas democracias

América Latina Hoy, vol. 46, agosto, 2007, pp. 147-171

Universidad de Salamanca

Salamanca, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30804607>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

SECUENCIAS POLÍTICAS Y ESTABILIZACIÓN
DE LA COMPETENCIA PARTIDISTA: VOLATILIDAD
ELECTORAL EN VIEJAS Y NUEVAS DEMOCRACIAS
*Political sequences and the stabilization of interparty competition:
electoral volatility in old and new democracies*

Scott MAINWARING y Edurne ZOCO

University of Notre Dame

✉ mainwaring.1@nd.edu

✉ ezoco@nd.edu

BIBLID [1130-2887 (2007) 46, 147-171]

Fecha de recepción: agosto del 2006

Fecha de aceptación y versión final: junio del 2007

RESUMEN: Este artículo examina por qué algunas democracias y semidemocracias desarrollan sistemas de partidos relativamente estables, mientras que otras continúan envueltas en altos niveles de volatilidad electoral. Éste es el primer análisis amplio a nivel comparado regional *cross-regional* de volatilidad electoral, basado en la información más extensa recolectada sobre el tema. Nuestro hallazgo más original es que los regímenes competitivos inaugurados en períodos tempranos tienen mucha menos volatilidad electoral que aquellos inaugurados más recientemente, incluso controlando una variedad de otros factores que se ha considerado que afectan la volatilidad electoral. Los partidos tenían funciones muy distintas según el momento en que la democracia fue inaugurada y estas diferencias congénitas tuvieron efectos de largo plazo en la estabilización de la competencia partidista. Lo que importa en cuanto a la estabilización de la competencia es cuándo la democracia nació, no cuán antigua es. Nuestros resultados apoyan las aproximaciones de las ciencias sociales que enfatizan las secuencias históricas y el *path dependency*.

Palabras clave: democratización, volatilidad electoral, sistema de partidos, partidos políticos.

ABSTRACT: This article examines why some democracies and semi-democracies develop relatively stable party systems, while others continue to be roiled by high levels of electoral volatility. It is the first broadly cross-regional analysis of electoral volatility, and it is based on the most extensive data assembled on electoral volatility. Our most original finding is that competitive regimes

inaugurated in earlier periods have much lower electoral volatility than regimes inaugurated more recently, even controlling for a variety of other factors that have been hypothesized to affect electoral volatility. Parties had very different functions according to when democracy was inaugurated, and these congenital differences had longterm effects on the stabilization of party competition. What matters for the stabilization of party competition is when democracy was born, not how old it is. Our results support social science approaches that emphasize historical sequences and path dependence.

Key words: democratization, electoral volatility, party system, political parties.

I. INTRODUCCIÓN¹

En su clásico trabajo, Giovanni Sartori (1976) argumentó que uno de los desarrollos clave de la política democrática es la emergencia de un sistema de partidos institucionalizado («consolidado» en su terminología). Estamos de acuerdo con este argumento. En la última década, la preocupación con la institucionalización del sistema de partidos y sus consecuencias no ha hecho sino crecer (Mainwaring y Scully, 1995).

Sin embargo, poco se conoce sobre las causas de la institucionalización del sistema de partidos. Esta es la cuestión central que se trata en este artículo: ¿por qué algunas democracias y semidemocracias sí desarrollan sistemas de partidos relativamente estables mientras que otras continúan presentando altos niveles de volatilidad electoral? A pesar del floreciente interés en la institucionalización del sistema de partidos y sus consecuencias, han sido escasos los trabajos que han analizado cómo se produce la institucionalización y por qué varía tanto entre países.

En el presente artículo nos centramos en un aspecto de la institucionalización del sistema de partidos: el grado en el que los regímenes políticos competitivos desarrollan patrones estables de competencia interpartidista. Medimos la estabilización de la competencia interpartidista a través de la volatilidad electoral media de los países a mediano y largo plazo.

En relación a trabajos anteriores, este artículo ofrece tres novedades. Primero, éste es el análisis comparado *cross-regional* sobre volatilidad electoral que está basado en la más extensa información sobre volatilidad recogida hasta la fecha. Usamos una muestra grande de países (47 incluyendo 8 de América Latina), con una importante variación de la variable dependiente (volatilidad electoral) y de las variables explicativas que otros trabajos anteriores. La cantidad de países y la prolongación histórica de la información son útiles por razones teóricas así como empíricas. La gran variación en las variables dependientes e independientes hace más fácil contrastar las diferentes hipótesis

1. Agradecemos a Russell Dalton, Carlos Gervasoni, Ken Greene, Mark Jones, Raúl Madrid, Ian McAllister, Ken Roberts y Stephan White por sus útiles comentarios. Kourtney Bitterly, Annabella España y Carlos Gervasoni proveyeron asistencia de investigación. También agradecemos a *Sage Publications*, donde se publicó este artículo originalmente en inglés, así como a los evaluadores externos de *América Latina Hoy, Revista de Ciencias Sociales* por sus valiosos comentarios. Traducción del texto a cargo de Georgina Paolino.

alternativas. Más importante es el hecho de que el trabajo a nivel comparado *cross-regional*, que incluye tanto viejas democracias como régimes competitivos² post-1978, sugiere a su vez nuevas preguntas teóricas. Por tanto, en lugar de centrarnos en por qué los sistemas de partidos europeos se congelan, como Lipset y Rokkan (1967) hicieron en su clásico trabajo, nosotros preguntamos qué explica los notables contrastes en la estabilidad de los sistemas de partidos. Nuestra selección de países incluye diversas democracias post-1978 así como democracias industriales avanzadas.

Segundo, cubrimos un período de tiempo más extenso que análisis multivariables anteriores sobre volatilidad electoral. El marco temporal ampliado y el análisis multivariable mejoran las explicaciones causales de la estabilización de la competencia electoral (o de su ausencia).

Tercero, algunos de nuestros argumentos principales son nuevos. Nuestro hallazgo más original es que los régimes competitivos inaugurados en períodos más tempranos tienen una menor volatilidad electoral que régimes inaugurados más recientemente, incluso si controlamos por una variedad de factores que también pueden afectar a la volatilidad electoral. Este hallazgo refleja un efecto de período y un efecto de secuencia. El efecto de período se refiere a que, en régimes competitivos tempranos, los partidos incorporaron a nuevos ciudadanos dentro de los sistemas políticos. Estos partidos construyeron fuertes identidades y los ciudadanos que fueron movilizados desarrollaron profundas vinculaciones con ellos. Los partidos en democracias tardías fueron, sin embargo, menos centrales en la movilización y la creación de nuevos ciudadanos. No formaron a su alrededor las redes sociales que los partidos de clases trabajadoras y de los demócrata-cristianos desarrollaron en las primeras décadas del siglo XX ni tampoco consiguieron la profunda lealtad de los votantes que estos primeros partidos forjaron. El efecto de secuencia está relacionado con la emergencia de la televisión como actor principal en la habilitación de candidatos para ganar las elecciones en democracias instauradas en décadas recientes. En aquellos países donde emerge la televisión como vehículo central de la campaña electoral antes que los partidos estén bien afianzados, los actores políticos tienen menos incentivos para involucrarse en la construcción partidista. Es más fácil y –en el corto plazo– más efectivo usar los medios de masa modernos que construir un partido.

Nuestros resultados apoyan los enfoques de la ciencia social que enfatizan las secuencias históricas y el *path dependency* (Collier y Collier, 1991; Pierson, 2004; Ragin, 1987; Thelen, 1999). La principal diferencia metodológica es que mientras la mayoría de los trabajos en estas cuestiones utilizan métodos cualitativos, nosotros argumentamos que un examen cuantitativo del *path dependency* también tiene sus ventajas y debe ser por ello tenido en cuenta.

2. Nos referimos a las democracias post-1978 porque las primeras democracias de la tercera ola de democratización, Portugal, Grecia y España, se han tornado más similares en aspectos importantes a las viejas democracias de Europa Occidental que a las democracias post-1978 de América Latina y de la región postsoviética. Las democracias del sudeste europeo son estables, han alcanzado altos estándares de vida y sus sistemas de partidos tienen baja volatilidad.

II. ¿POR QUÉ ES IMPORTANTE UN SISTEMA DE PARTIDOS ESTABLE?

Un sistema de partidos relativamente estable tiene varias consecuencias importantes para la política democrática. En primer lugar, favorece una representación programática más efectiva. La democracia representativa contemporánea se basa en la idea de que los ciudadanos eligen representantes que promoverán los intereses de sus bases de apoyo o del país (Manin, 1997; Manin *et al.*, 1999; Pitkin, 1967). La teoría democrática y la investigación empírica han establecido hace tiempo que la mayoría de los ciudadanos necesitan atajos de información (*shortcuts*) con el objetivo de hacer efectiva la representación programática. Pocos quieren realizar la pesada tarea de vigilar de cerca las campañas electorales y monitorear a los políticos con el fin de efectuar un juicio electoral bien informado. En sistemas de partidos bien institucionalizados, la mayoría de los ciudadanos usan atajos de información provistos por las etiquetas partidarias (Downs, 1957; Hinich y Munger, 1994). En estos sistemas, las afiliaciones partidistas de los políticos transmiten información relevante a los electores sobre sus preferencias ideológicas y programáticas.

En sistemas con alta volatilidad, por el contrario, las etiquetas partidistas no son más que débiles indicadores programáticos. Los partidos que son electoralmente significativos en una elección son aplastados en la próxima, mientras que constantemente van emergiendo nuevos partidos. Es menos probable que en estos sistemas los ciudadanos identifiquen cuáles son los partidos y dónde se posicionan, con consecuencias adversas para la representación programática (Mainwaring y Torcal, 2006).

En segundo lugar, una volatilidad alta y persistente introduce más incertidumbre en relación a los resultados electorales y probablemente acaba debilitando algunos regímenes democráticos. Przeworski (1986) escribió que la democracia es la institucionalización de la incertidumbre. El nivel de incertidumbre sobre quién gobernará y qué clase de gobierno y políticas son posibles es atenuado, sin embargo, con un sistema de partidos estable mientras que se agudiza donde existe una alta volatilidad. Un sistema de partidos estable clarifica cuál es el rango de opciones de gobierno y usualmente provee una estructura sólida a la política democrática (Sartori, 1976). En contraste, con alta volatilidad, las barreras de entrada para partidos nuevos son menores y la probabilidad de que políticos personalistas antisistema lleguen al gobierno es mucho mayor. Tal incertidumbre probó ser adversa para la democracia hasta la década de 1980, cuando el fin de la Guerra Fría redujo las apuestas del conflicto político y facilitó la expansión post-1989 de la democracia y la semidemocracia en el mundo. Incluso en el contexto de la post-Guerra Fría, un nivel muy alto de personalismo en sistemas de partidos volátiles puede allanar el camino hacia el autoritarismo (por ejemplo, el presidente Alberto Fujimori en Perú, en 1992) o hacia la erosión de regímenes democráticos (por ejemplo, el presidente Hugo Chávez en Venezuela, desde 1998).

En sistemas de partidos con volatilidad alta y persistente, *outsiders* políticos llegan más fácilmente al poder. Los actores políticos tienen menos certezas sobre los parámetros del juego y los *outsiders* políticos con actitudes ambivalentes (o peores) hacia la democracia llegan al poder, como lo hicieron Hugo Chávez en Venezuela, en 1998, y Alberto

Fujimori en Perú, en 1990. Ambos presidentes debilitaron los pesos y contrapesos y lideraron la degradación de la democracia en sus países (Mayorga, 2006; Tanaka, 2006).

Tercero, una alta volatilidad electoral altera los cálculos estratégicos de las élites en la presentación de candidatos para cargos políticos así como el comportamiento estratégico de los ciudadanos a la hora de votar (Moser, 1999, 2001; Sartori, 1986). En sistemas débilmente institucionalizados, los indicadores de información son menos claros y los votantes tienen menos conocimiento acerca de los posibles resultados. Como Moser (2001: 4) argumenta

los efectos del sistema electoral comúnmente encontrados en democracias establecidas pueden no darse [...] en países con sistemas de partidos débilmente institucionalizados y con fuentes de información política pobremente desarrolladas.

Por ejemplo, en Rusia, debido a la incertidumbre generada por la alta volatilidad, votantes y políticos no toman decisiones estratégicas que lleven a una competencia bipartidista a nivel distrital, que es el tipo de competencia que habitualmente suele encontrarse en distritos uninominales con mayoría simple. Por el contrario, los resultados electorales muestran en Rusia una amplia oferta de candidatos y una gran dispersión del voto (Moser, 1999 y 2001).

III. VOLATILIDAD ELECTORAL EN 47 PAÍSES

La volatilidad electoral se refiere a la suma total de votos transferidos desde unos partidos a otros de una elección a la siguiente (Pedersen, 1983; Bartolini y Mair, 1990; Birch, 2003: 119-135; Madrid, 2005; Roberts y Wibbels, 1999; Shamir, 1984; Tavits, 2005). Se computa sumando el valor absoluto de cambio en el porcentaje de votos ganados o perdidos por cada partido de una elección a la siguiente y luego dividiendo por dos³. La volatilidad refleja cambios en las preferencias electorales de los votantes así

3. Cuando un partido se dividió en dos o más partidos desde T1 a T2, comparamos al partido en T1 con la división más grande en T2 y tratamos al partido más pequeño de la división como un partido nuevo. Cuando dos o más partidos se fusionaron y crearon una nueva organización, calculamos la volatilidad usando el partido original con el porcentaje más alto. Si dos o más partidos se fusionaron para la elección T2 pero compitieron en la elección T1 como partidos separados, asumimos que el (o los) que tuvo (o tuvieron) menos votos desapareció (o desaparecieron) en la elección T2. Otorgamos un valor cero a este partido en T2 y contamos su porción de votos en T1 como su porcentaje de cambio. Cuando un partido cambia su nombre pero tiene una continuidad evidente con un partido previo, lo contamos como parte de la misma organización. Usualmente tratamos a los independientes como una categoría separada porque carecemos de la información necesaria para comparar resultados de individuos de una elección a la siguiente. En los casos en los que partidos menores fueron agrupados como «otros», los tratamos como un partido.

Para los 14 países que tienen dos sistemas electorales diferentes para la Cámara Baja, usamos la información de uno de los sistemas. Ucrania y Rusia: usamos votos por lista de partido con la excepción de Ucrania en 1994 (distritos uninominales) y tratamos la categoría «contra todos» como votos

como modificaciones ocurridas dentro de las élites partidistas, tales como fusiones y divisiones partidistas y cambios de partido por parte de políticos individuales.

La Tabla I muestra la volatilidad electoral para la Cámara Baja de 47 democracias y semidemocracias. Incluimos todos los países que formaron parte de la primera ola de encuestas del *Comparative Study of Electoral Systems* (CSES), siempre y cuando en el 2003, ya hubieran experimentado al menos tres elecciones consecutivas para la Cámara Baja y siempre que el valor del indicador *Polity* 2 fuera igual o superior a 0⁴. Los países con un valor de *Polity* 2 inferior a -1 se consideran países con régímenes autoritarios que no permiten elecciones limpias y libres. Su control de las elecciones favorece al partido gobernante y tiende a limitar la volatilidad electoral, por tanto, por razones metodológicas, se ha evitado el comparar la volatilidad electoral entre régímenes democráticos y autoritarios.

También incluimos los países para los que Bartolini y Mair (1990) y Mainwaring y Torcal (2006) recolectaron información sobre volatilidad, de nuevo, siempre y cuando los países tengan, por no menos de tres elecciones consecutivas para la Cámara Baja, un valor igual superior a 0 en el *Polity* 2. La Tabla I incluye todas las elecciones celebradas en 41 régímenes democráticos instaurados a partir de 1901 y que no sufrieron quiebres ni ocupaciones militares extranjeras. En los países donde sí hubo un quiebre democrático o una ocupación militar extranjera, sólo se cuenta el período democrático más reciente⁵. La Tabla I también contiene todas las elecciones post-1945 de seis democracias inauguradas antes de 1901 y que no han experimentado un quiebre democrático o una ocupación militar extranjera desde su inauguración. En el análisis de regresión multivariable, para estos seis países incluimos sólo las elecciones post-1945, debido a la dificultad de encontrar datos económicos para períodos anteriores.

no válidos. México: usamos voto mayoritario con la excepción de 1988, cuando usamos los resultados de RP. Bolivia y Tailandia: usamos sólo voto por lista después de la introducción de sistemas mixtos para las elecciones de 1997. Italia y Nueva Zelanda: sólo voto por lista luego de la introducción de sistemas mixtos en 1994 y 1996, respectivamente. Ecuador: usamos resultados para diputados elegidos en un distrito nacional, no los resultados separados para diputados federales elegidos en distritos provinciales. Hungría, Lituania y Filipinas: usamos voto por lista de partido en todas las elecciones. Japón: sólo voto por mayoría luego de la reforma electoral de 1994. Taiwán y Corea del Sur: usamos sólo voto en distritos uninominales en todas las elecciones.

4. Ver T. GURR, K. JAGGERS y W. MOORE (1990) y K. JAGGERS y T. GURR (1995) sobre los valores de *Polity*. Dichos autores codificaron una escala de democracias institucionalizadas y otra de autorocracias institucionalizadas. Ambas escalas van del 0 al 10. Nosotros sustrajimos el valor de autorocracia del valor de democracia y así creamos una escala de -10 (altamente autoritario) a 10 (muy democrático). Por supuesto, no existe un punto preciso de corte en los valores de *Polity* entre régímenes autoritarios y semidemocráticos. No obstante, el punto de corte cero excluye los casos en los que las elecciones fueron tan controladas que llegaron a limitar los niveles de volatilidad. En unos pocos casos, usamos los puntajes actualizados de *Polity* en lugar de *Polity* 2, debido a su mayor precisión.

5. No incluimos Bangladesh por carecer de resultados electorales completos.

TABLA I. VOLATILIDAD ELECTORAL EN 47 PAÍSES

	Elecciones incluidas: volatilidad	Elecciones incluidas: multivariable	Año inauguración de la democracia	Volatilidad media desde inauguración de la democracia ^a
Estados Unidos	1946-2002	1952-2002	1800	3,3
Suiza	1943-2003	1951-2003	1848	6,5
Australia	1946-2001	1901-1934, 1951-2001	1901	6,6
Austria	1945-2002	1945-1949, 1953-2002	1945	6,6
Reino Unido	1945-2001	1951-2001	1837	6,8
Finlandia	1917-2003	1917-1929, 1930-2003	1917	7,4
Alemania	1949-2002	1949-2002	1949	8,7
Suecia	1911-2002	1911-1914, 1917-1944, 1952-2002	1909	9,0
Bélgica	1945-2003	1950-2003	1944	9,2
Noruega	1945-2001	1945-1949, 1953-2001	1945	10,2
Grecia	1974-2000	1974-2000	1974	10,4
Nueva Zelanda	1946-2002	1951-2002	1857	10,6
Irlanda	1923-2002	1951-2002	1921	10,9
Dinamarca	1945-2001	1945-1947, 1950-2001	1945	11,2
Países Bajos	1945-2003	1945-1948, 1952-2002	1945	11,7
Canadá	1945-2004	1953-2004	1867	11,9
Colombia	1958-2002	1958-2002	1957	12,5
Islandia	1946-2003	1953-2003	1944 ^b	14,0
Italia	1946-2001	1946-2001	1945	15,1
Portugal	1975-2002	1975-2002	1975	15,2
Francia	1946-2002	1951-2002	1946	15,3
Japón	1952-2000	1952-2000	1952	16,2
Chile	1989-2001	1989-2001	1990	16,7
España	1977-2000	1977-2000	1976	17,0
Taiwán	1992-2001	1992-2001	1992	20,4
Brasil	1986-2002	1986-2002	1985	21,8
Israel	1949-2003	1951-2003	1948	22,1
México	1988-2000	1988-2000	1988	22,7
Corea del Sur	1988-2000	1988-2000	1987	24,6
Argentina	1983-2001	1983-2001	1983	24,9
Hungría	1990-2002	1990-2002	1990	25,1
India	1951-1999	1951-1999	1950	25,5
República Checa ^c	1990-2002	1990-2002	1990	25,7
Venezuela	1958-2001	1958-2001	1958	31,4
Tailandia	1992-2005	1992-2005	1992	34,7
Ecuador	1979-1998	1979-1998	1979	36,4
Bulgaria	1990-2001	1990-2001	1990	36,8
Bolivia	1985-2002	1985-2002	1982	38,0
Eslovenia	1992-2000	1992-2000	1991	38,2
Filipinas ^d	1992-1998	1992-1998	1986	41,9
Estonia	1992-2003	1992-2003	1991	45,4
Polonia	1991-2001	1991-2001	1989	46,6
Lituania	1992-2000	1992-2000	1991	49,1
Rusia	1993-1999	1993-1999	1992	50,0
Rumania	1990-2000	1990-2000	1990	53,0
Letonia	1993-2002	1993-2002	1991	56,2
Ucrania	1994-2002	1994-2002	1991	59,2

Fuentes: Disponibles bajo petición a los autores.

^a Para democracias inauguradas antes de 1902, la volatilidad desde 1945.

^b Islandia se tornó democrática en 1918 según los puntajes de *Polity* 2, pero logró su independencia en 1944.

^c 1990-1993 para Checoslovaquia.

^d No tenemos información sobre las elecciones de 1987, 2001 y 2004. Los resultados de 1992 se basan en 174 distritos.

La variación en la estabilidad de la competencia partidista es enorme. En Estados Unidos, los resultados de la elección anterior para la Cámara de Representantes son un buen vaticinador de los resultados de la siguiente elección, con una desviación promedio de tan sólo el 3,3 %. Contrariamente, en Ucrania el procedimiento idéntico ofrece poca capacidad predictiva, dada una media de error del 59,2% (dieciocho veces mayor que en el caso de Estados Unidos). Mientras que Lipset y Rokkan (1967) caracterizaron a los sistemas de partidos de Europa Occidental como «congelados», la mayoría de los sistemas de partidos en los régimen políticos competitivos post-1978 son, por el contrario, altamente fluidos. Los ocho países latinoamericanos oscilan entre una volatilidad moderada (Colombia, Chile, Brasil, México y Argentina) y una alta volatilidad (Venezuela, Ecuador y Bolivia).

La Tabla I también muestra el año de inauguración del período democrático o semidemocrático analizado. De nuevo, para operacionalizar la inauguración de una nueva democracia o semidemocracia, usamos una puntuación del *Polity* 2 igual o superior a 0. Este mínimo no indica la existencia de una democracia completa pero requiere al menos la presencia de un régimen político competitivo que no limite fuertemente la volatilidad electoral.

IV. HIPÓTESIS, MEDIDA Y MÉTODOS

Con el fin de explicar por qué algunas democracias desarrollan sistemas de partidos estables mientras que otras no lo hacen, nuestro análisis se centra en factores macropolíticos, factores estructurales y organizacionales y *performance* económica, como factores explicativos de la volatilidad. En el presente artículo, examinamos seis explicaciones teóricas alternativas sobre las causas de la volatilidad: estabilización con el tiempo (H1), institucional (H2 y H3), económica (H4 y H5), secuencia y *timing* (H6), estructural (H7) y organizacional (H8). Testamos estas hipótesis con regresiones multivariadas. Los períodos electorales (el tiempo desde una elección a la siguiente) constituyen la unidad de análisis; es decir, cada período electoral en un país es una observación.

«H1: La volatilidad electoral disminuye con el tiempo». En su artículo clásico, Converse (1969) argumentó que las vinculaciones partidistas de los individuos se vuelven más fuertes a medida que envejecen. Converse afirmó que el apoyo continuado hacia un determinado partido a lo largo de sucesivas elecciones representaba el factor fundamental para explicar una mayor identificación del individuo con el paso del tiempo hacia el partido. Por implicación, sistemas de partidos nuevos podrían convertirse en más estables con el tiempo en tanto los votantes tuvieran más tiempo para identificarse con los mismos. En esta línea, algunos autores han argumentado recientemente que los regímenes postcomunistas están fomentando de manera similar el crecimiento del partidismo –*partisanship*– (ver Brader y Tucker, 2003; cf. Kitschelt *et al.*, 1999: 96). Además, se podría esperar que con el paso del tiempo los partidos pudieran ganarse a una clientela relativamente estable, rutinizar sus atractivos electorales y construir una

base más sólida. Otras investigaciones, sin embargo, han puesto en duda que los sistemas de partidos se vuelvan más estables con el tiempo (Bielasiak, 2002; Mainwaring y Torcal, 2006; Rose y Munro, 2003; Shamir, 1984: 49).

Nosotros medimos la variable tiempo calculando el número de años transcurridos desde la inauguración de la democracia o semidemocracia hasta la celebración de una determinada elección en ese país. Por ejemplo, si la democracia se inauguró en 1983, en 1991, el número de años transcurridos desde la inauguración de la democracia es 8. Nosotros esperamos que el efecto del tiempo sobre la estabilización de la competencia electoral se vea disminuido después de un período de aproximadamente 30 años, por tanto, imponemos un límite máximo de 30 en esta variable⁶. Si H1 es correcta, el coeficiente para la variable años de democracia debería ser negativo; si el número de años desde la inauguración de la democracia incrementa, la volatilidad debería reducirse.

«H2: La volatilidad electoral aumenta si la fragmentación del sistema de partidos aumenta». Pedersen (1983) argumentó que si la fragmentación del sistema de partidos aumentaba, la volatilidad electoral también debería aumentar. En los sistemas con un número mayor de partidos, debería haber menos espacio ideológico/programático entre los mismos; por tanto, las distinciones entre partidos ideológicamente contiguos serían menos claras. Cuando las diferencias entre partidos ideológicamente contiguos no son muy importantes, es más probable que los votantes cambien de un partido a otro. Así, la volatilidad debería ser más alta, bajo estas circunstancias (Bartolini y Mair, 1990: 130-145; Roberts y Wibbels, 1999; Tavits, 2005).

Nosotros medimos la fragmentación del sistema de partidos mediante la utilización del número efectivo de partidos (NEP) (Laakso y Taagepera, 1979), medido en votos. El NEP, en la primera de las dos elecciones que constituyen un período electoral, es el valor para esa observación. Si H2 es correcta, el coeficiente para el NEP debería ser positivo.

«H3: El presidencialismo fomenta una mayor volatilidad electoral». Los sistemas presidenciales personalizan el voto para la elección del jefe del gobierno. Pueden ser por esta razón más vulnerables a la aparición de *outsiders* políticos con inclinaciones antipartidistas. Asimismo, en sistemas presidencialistas, los incentivos para desarrollar organizaciones partidistas y para construir lazos perdurables entre partidos y votantes pueden ser más débiles, resultando en una mayor volatilidad electoral. Contrariamente, en sistemas parlamentarios, la asamblea elige al jefe del gobierno, convirtiendo a los partidos en puerta de entrada para el control del poder ejecutivo. Por este motivo, los incentivos para construir fuertes vínculos entre los partidos y los votantes deberían ser más fuertes en los sistemas parlamentarios, resultando en una menor volatilidad electoral.

6. También hemos realizado análisis empíricos usando dos especificaciones alternativas para la variable años de democracia: una fórmula logarítmica y una raíz cuadrada (ambas sin el máximo de 30 años). Teóricamente, preferimos la forma lineal de esta variable con el máximo de 30 años porque en el argumento de Converse, el establecimiento de identidades partidistas debería aumentar fuertemente durante un largo período de tiempo y luego decaer. La forma lineal con el máximo de 30 años es más consistente con esta expectativa. Los resultados fueron consistentes más allá de la especificación empírica de esta variable y la R^2 fue marginalmente más alta con la forma lineal.

Nosotros definimos como sistemas presidenciales a aquellos en los que el jefe del gobierno es elegido por voto popular directo (o por un colegio electoral que es seleccionado por voto popular directo y tiene autonomía limitada) y por un período fijo. Codificamos esta variable como 0 = otro; 1 = presidencial. Los sistemas semipresidenciales y otros híbridos, como el sistema suizo, también ofrecen fuertes incentivos para construir vínculos duraderos entre votantes y partidos y, por tanto, son codificados como 0. Si H3 es correcta, el coeficiente para presidencialismo debería ser positivo.

«H4: Un bajo crecimiento económico fomenta una alta volatilidad electoral». Una *performance* económica pobre puede tener efectos devastadores sobre la fortuna electoral de los partidos gobernantes y la estabilización del sistema de partidos (Remmer, 1991; Roberts y Wibbels, 1999) y, por tanto, incrementar los niveles de volatilidad electoral. Nosotros medimos el crecimiento económico (H4) calculando el cambio *per cápita* acaecido desde el año de la primera elección en el período electoral al año anterior a la segunda elección. El coeficiente para H4 debería ser negativo; un mayor crecimiento económico debería reducir la volatilidad⁷.

«H5: Una inflación alta fomenta una alta volatilidad electoral». Tasas altas de inflación, especialmente de la magnitud que muchos países latinoamericanos experimentaron en la década de 1980 y principios de la de 1990, pueden producir un dramático descenso en los resultados electorales de los partidos gobernantes y, en consecuencia, elevar la volatilidad. Nosotros medimos la inflación media anual para el período electoral desde el año de la primera elección en el período electoral al año anterior a la segunda elección. Usamos el logaritmo de inflación porque esperamos un efecto no lineal⁸. Como ilustración, un aumento del 0% al 50% de inflación tendría, predeciblemente, un efecto mucho mayor sobre la volatilidad que un aumento del 950% al 1.000%. El coeficiente hipotético para la inflación, H5, es positivo.

«H6: La volatilidad electoral es menor en democracias que fueron inauguradas antes». Mainwaring (1999: 225-233) y Mainwaring y Torcal (2006) desarrollaron una explicación de secuencia para responder a la pregunta de por qué algunos sistemas de partidos se vuelven más institucionalizados que otros. En concreto, los partidos en las democracias post-1978 son menos dominantes en la estructuración de la política democrática de lo que lo fueron los partidos en las democracias emergentes de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX (Pizzorno, 1981; Schmitter, 2001). Las democracias que fueron creadas a principios del siglo XX tenían organizaciones partidistas más fuertes

7. Para el crecimiento del PBI *per cápita* y la inflación, creamos una variable específica para el período electoral y una variable acumulativa que midieran el crecimiento del PBI *per cápita* y la inflación desde la inauguración de la democracia (o desde el inicio de nuestra base de datos) hasta transcurridos 25 años. Al final, no usamos las variables acumulativas por los problemas de multicolinealidad con las variables de períodos específicos. Los coeficientes de correlación de Pearson entre las variables de corto plazo y las acumulativas fueron de ,76 para la inflación y de ,74 para el crecimiento.

8. No es posible calcular un logaritmo de un valor negativo. Para minimizar el número de casos perdidos, asumimos que la inflación menor a 1% por año, incluyendo la deflación, tuvo un impacto en la volatilidad electoral que no puede distinguirse del de una tasa de inflación de 1%. Registramos tales casos como con una inflación *logged* de 0.

así como votantes con vínculos más estrechos con los partidos. Estos fuertes vínculos fueron los que ayudaron a forjar patrones estables de competencia partidista.

Si este argumento es correcto, el momento en el que un régimen político competitivo fue inaugurado tendría un efecto sobre la volatilidad electoral, pero éste sería un efecto independiente del argumento de Converse (1969), arriba mencionado, sobre el momento y el desarrollo del partidismo. Según esta hipótesis, la mayoría de los regímenes competitivos inaugurados antes de 1950 deberían tener una menor volatilidad desde un principio. Por el contrario, la mayoría de los regímenes competitivos inaugurados en el período post-1978 deberían continuar teniendo altos niveles de volatilidad incluso con el paso de los años.

Nosotros medimos H6 con el logaritmo del número de años transcurridos desde el nacimiento de una democracia hasta el año 2005, porque esperamos un efecto reduedor con el paso del tiempo⁹. Para diferenciarlo de H1, donde la variable independiente (años transcurridos desde la inauguración de la democracia) cambia de un período electoral al siguiente, la variable independiente para H6 (año de nacimiento de la democracia) es constante para todos los períodos electorales en un país dado. Como resultado, la medición de esta variable es distinta de la medición para años de democracia (H1). Por ejemplo, la democracia colombiana fue inaugurada, según los valores de *Polity 2*, en 1958. Por esta razón, el valor para año de nacimiento de la democracia es de 47 para todas las elecciones colombianas celebradas desde 1958. Contrariamente, la variable años de democracia tiene un valor de 0 en 1958, 4 en 1962, 8 en 1966, etc. Si la H6 es correcta, el coeficiente debería ser negativo; democracias más viejas tendrán menor volatilidad.

«H7: La volatilidad electoral es menor en regímenes competitivos con un porcentaje mayor de fuerza de trabajo empleada en industria, minería, construcción y transporte». Según Lipset y Rokkan (1967), los sistemas de partidos se estabilizan porque los individuos desarrollan vínculos con los partidos sobre la base de sus *cleavages* sociales –su religión, clase, residencia (urbana o rural) y cultura (principal versus minoritaria) (ver también Bartolini y Mair, 1990). Si esta teoría es correcta, los clivajes sociales fuertemente definidos deberían favorecer un sistema de partidos más estable y una volatilidad electoral menor. La H7 examina esta teoría con respecto a los clivajes de clase. Estos clivajes deberían ser más fuertes en democracias con un mayor porcentaje de fuerza de trabajo en actividades tradicionales de cuello azul, otorgando mayor estabilidad al sistema de partidos. Inversamente, los individuos en el sector informal podrían ser menos proclives a establecer vinculaciones partidistas, dada la ausencia de influencias organizacionales en su lugar de trabajo. Una segunda razón estructural para la H7 la constituye el hecho de que la existencia de grandes sectores informales casi siempre implica una menor proporción de fuerza de trabajo empleada en industria, minería, construcción y transporte.

9. También hicimos regresiones usando esta variable en una forma no logarítmica. La R^2 fue mayor con la variable logarítmica. Al final, por razones teóricas y empíricas, hemos reportado los resultados con la forma logarítmica.

Para la mayoría de los países, no hay información longitudinal disponible ni confiable sobre el porcentaje de la población económicamente activa (PEA) empleada en industria, minería, transporte y construcción (H7) ni tampoco para la densidad sindical (H8). Además, una complicación añadida está en que la metodología para reportar estos datos difiere entre países. En virtud de estas dos limitaciones de información, nosotros utilizamos datos para un determinado momento en el tiempo (principios de la década de 1990) y tratamos estas variables como constantes dentro de cada país. Dado que las posiciones relativas de la mayoría de los países con respecto al porcentaje de PEA en estas actividades y a la densidad de sindicatos son bastante estables en el tiempo, consideramos que esta limitación en los datos no debería alterar significativamente los resultados.

«H8: La volatilidad electoral es menor en regímenes competitivos que tienen alta densidad sindical» (el número de trabajadores sindicados dividido por el número total de empleados remunerados). Según Bartolini y Mair (1990: 231-238), un «encapsulamiento organizacional» fuerte (por ejemplo, fuertes lazos entre votantes y partidos vía vínculos organizacionales) favorece la estabilidad del sistema de partidos. El encapsulamiento organizacional crea lazos entre ciudadanos y partidos y, por tanto, promueve la estabilidad de la competencia interpartidista. Los autores incluyen la densidad sindical como una de sus medidas de encapsulamiento organizacional.

V. RESULTADOS E INTERPRETACIÓN

No hay una fórmula perfecta para compensar las violaciones de algunos de los supuestos del análisis de regresión que están asociadas con la utilización de datos longitudinales (*panel data*) (Wilson y Butler, sin publicar). En vistas de esta situación, presentamos los resultados obtenidos desde dos métodos diferentes de estimación: en primer lugar, un modelo de efectos aleatorios (*random effects model*) (REM) y, en segundo lugar, un modelo de ecuaciones generalizadas estimadas (*generalized estimating equations model*) (GEE) con una especificación autorregresiva (AR1) (GEEAR1). El GEEAR1 es quizás, en el plano teórico, el modelo más apropiado. El REM, por su parte, tiene la ventaja de ser utilizado con mayor frecuencia dentro del ámbito de la ciencia política y de tener un valor R^2 . Los resultados obtenidos con el REM son muy similares a los obtenidos con el GEEAR1¹⁰.

10. Ver S. WILSON y D. BUTLER (en prensa) sobre las ventajas y desventajas de los diferentes enfoques de regresión para su aplicación con *panel data*. El modelo REM asume que los efectos no observados de un país específico no están correlacionados con otras variables independientes. Este supuesto es violado en la mayoría de *panel data* que involucran países (S. WILSON y D. BUTLER, en prensa). Los GEE con especificaciones de error AR1 tienen la ventaja de permitir que los errores puedan estar correlacionados temporalmente dentro de los países. Dadas algunas lagunas de información que afectan a siete países (ver columna 2 de la Tabla 1), hemos usado la opción *force* de Stata para GEEAR1 con el fin de no perder todas las observaciones de dichos países.

Los Modelos 2.1 y 2.2 muestran el impacto de las variables independientes para las cuales tenemos información de series temporales. Tres variables: el año de inauguración de la democracia, el crecimiento *per cápita* y el número efectivo de partidos muestran un impacto estadísticamente significativo sobre la variable dependiente volatilidad.

TABLA II. DETERMINANTES DE LA VOLATILIDAD ELECTORAL

	Modelo 2.1 REM	Modelo 2.2 GEEAR1	Modelo 2.3 GEEAR1
Constante	57,06*** (7,20)	53,16*** (5,94)	65,27*** (8,78)
Años de democracia	-,03 (,05)	-,05 (,08)	-,04 (,08)
Crecimiento del PBI	-,86*** (,17)	-,71*** (,17)	-,62** (,21)
Inflación (log.)	-1,87 (,96)	-,66 (1,12)	-2,70* (1,26)
NEP	1,64*** (,36)	1,20** (,36)	,73 (,51)
Presidencialismo	2,20 (2,63)	2,99 (1,76)	-,06 (1,90)
Edad de la democracia (log.)	-,24,91*** (3,87)	-22,34*** (3,21)	-17,97*** (3,54)
PEA (<i>circa</i> 1993)			-,51*** (,14)
Densidad sindical			-,03 (,02)
N	484	484	342
R ²	,42		

Nota: La variable dependiente es volatilidad electoral; errores estándar entre paréntesis.

* p < ,05; ** p < ,01; *** p < ,001.

Stata no proporciona un R² para modelos GEEAR1.

Un aumento de 1 en el número efectivo de partidos produce un incremento modesto del 1,2% en la volatilidad prevista de un país (Modelo 2.2); este impacto es consistente con análisis previos (Bartolini y Mair, 1990: 131-145; Pedersen, 1983; Roberts y Wibbels, 1999; Tavits, 2005). Con más partidos en el sistema, hay más opciones hacia las cuales los votantes pueden transferir su voto. Este efecto es, sin embargo, moderado en términos sustantivos. Por otro lado, al contrario de las expectativas teóricas de cierta literatura, el presidencialismo no muestra tener un efecto estadísticamente significativo sobre la estabilización de los sistemas de partidos.

La falta de crecimiento económico eleva la volatilidad electoral, pero los efectos son también modestos. Cada incremento del 1% en el PBI *per cápita* genera una reducción prevista del 0,7% en la volatilidad. Madrid (2005), Roberts y Wibbels (1999), y

Tavits (2005) también encontraron un efecto del crecimiento *per cápita* sobre la volatilidad electoral con diferentes muestras. Los resultados muestran que una mala *performance* económica contribuye a una volatilidad alta (Remmer, 1991). Aparentemente, la falta de crecimiento económico conlleva a una insatisfacción de la ciudadanía con los partidos gobernantes, produciendo una mayor inestabilidad electoral. La inflación, por su parte, no resulta estadísticamente significativa. Este resultado negativo es consistente con el de Madrid (2005) y Roberts y Wibbels (1999) para América Latina, pero opuesto a los hallazgos de Tavits (2005) para la Europa post-comunista. En contra de las expectativas a nivel teórico, el número de años transcurridos desde la inauguración de la democracia no tiene un efecto estadísticamente significativo sobre la volatilidad.

El resultado más interesante es el impacto de la edad de la democracia, dado que esta variable no había sido incluida en anteriores trabajos. Esta variable tiene el mayor peso estadístico y el mayor impacto a nivel sustantivo. En una simulación basada en el Modelo 2.2, si establecemos años de democracia, crecimiento del PBI, inflación y NEP en sus medias, y asumimos un sistema no-presidencial, el modelo predice enormes diferencias de volatilidad basadas en la variable edad de la democracia. La volatilidad esperada es del 30,7% para una democracia nacida en 1992, 29,3% para una fundada en 1990, 24,4% para una establecida en 1980, 15,9% para una originada en 1945, 10,5% para una surgida en 1900 y 6,7% para una democracia inaugurada en 1850.

La volatilidad electoral es, en promedio, mucho más elevada en las nuevas democracias que en aquellas más antiguas. Considerando los 47 países de la Tabla I, la volatilidad electoral media para las diecisésis democracias inauguradas antes de 1945 es del 9,4%. La volatilidad media de los diez regímenes competitivos inaugurados entre 1946 y 1976 es del 17,0 % y la media para los 21 regímenes inaugurados a partir de 1977 es del 36,6%.

¿Por qué es tan importante la fecha de nacimiento de una democracia para el establecimiento de una competencia partidista estable? La fecha de nacimiento es relevante porque simboliza las diferencias en la labor efectuada por los partidos durante las distintas oleadas de democracia. En concreto, hay dos diferencias fundamentales en el papel jugado por los partidos políticos en las distintas oleadas. Primero está el efecto de período. En las viejas democracias, los partidos se convirtieron en vehículos de integración social y política de las masas de nuevos ciudadanos (Chalmers, 1964; LaPalombara y Weiner, 1966; Pizzorno, 1981). Fueron los partidos quienes presionaron a favor de la extensión del sufragio y de esta manera fueron integrando nuevos ciudadanos en el sistema político. Los partidos construyeron organizaciones a su alrededor y consolidaron fuertes lealtades políticas, a menudo enraizadas en sindicatos, identidades religiosas, asociaciones agrícolas y otros bloques sociales organizados. Los partidos fueron importantes no sólo políticamente sino también como fuentes de identidad social. Asimismo, los vínculos entre partidos y organizaciones sociales, como los sindicatos, eran fuertes en esta época. Los ciudadanos desarrollaron fuertes lealtades hacia los partidos y estas lealtades se fueron transmitiendo de una generación a otra. Las sólidas organizaciones y las fuertes lealtades generadas en los casos tempranos de democratización ayudaron

a los partidos a construir profundas raíces en la sociedad y favorecieron la estabilización de los patrones de competencia interpartidista¹¹. Estas lealtades hacia los partidos han influenciado a generaciones de ciudadanos. La creación de organizaciones que recompensaban a sus partidarios con identidades simbólicas, incentivos selectivos y beneficios programáticos permitió a los partidos mantenerse en el centro de la política democrática. Estos factores explican por qué la democratización temprana y el desarrollo precoz de partidos consolidados tuvieron efectos que han perdurado por generaciones. La existencia de lealtades políticas a nivel ciudadano así como de organizaciones políticas (*carriers*) explican, en definitiva, esta manera particular de *path dependency*¹².

En la mayoría de las nuevas democracias, sin embargo, los partidos han sido menos protagonistas en la lucha política por expandir la ciudadanía. Tampoco han desarrollado funciones sociales relevantes ni han favorecido la formación de identidades fuertes, labores que sí desempeñaron en las viejas democracias. Como Schmitter (2001) escribe acertadamente, «los partidos no son lo que fueron alguna vez». Las diferencias en lo que los partidos hicieron en distintos momentos de la historia de la democracia –especialmente cuán importantes fueron para la creación de ciudadanía– ayudan a explicar las fuertes organizaciones y lealtades políticas que los partidos construyeron en las viejas democracias. En muchas democracias tardías, por el contrario, líderes populistas, muchos de los cuales mostraban actitudes de desprecio hacia los partidos, fueron los que finalmente incorporaron a las masas en la arena política (Collier y Collier, 1991).

La segunda diferencia clave entre las democracias más antiguas y las post-1978 es el efecto de secuencia. El rol de los medios masivos, especialmente la televisión, difiere significativamente en los casos de democratización tardía. En las democracias antiguas y bien establecidas, los partidos se enraizaron en la sociedad antes del surgimiento de la televisión. Como explicábamos más arriba, los partidos integraron a sus partidarios dentro de los sistemas políticos. Contrariamente, en las democracias post-1978, en países con herencias democráticas débiles, la televisión se convirtió en un fenómeno masivo antes de que los partidos estuviesen profundamente afianzados en la sociedad. Los candidatos podían transmitir sus mensajes en televisión sin necesidad de depender de organizaciones partidistas desarrolladas (Sartori, 1989), lo que dio lugar a la emergencia de candidatos personalistas. En definitiva, hay menos incentivos para invertir en la construcción partidista cuando la televisión resulta más útil como vehículo para ganar elecciones.

En 1988, en una entrevista con uno de los autores de este trabajo, el entonces senador y luego presidente de Brasil (1995-2002) Fernando Henrique Cardoso, afirmó que, para ganar un cargo político en su país, ser propietario de una cadena de televisión era más importante que tener un partido político. Este intuitivo comentario describe la

11. Los partidos no son débiles en todas sus facetas como lo eran hace dos o tres generaciones, pero sí son menos importantes hoy en día con respecto a su labor de creadores y transmisores de las identidades políticas y sociales. Ver A. PIZZORNO (1981) y P. SCHMITTER (2001).

12. Como observa K. THELEN (1999), muchos análisis que invocan el *path dependency* fallan en especificar los mecanismos por los cuales el punto de partida inicial tiene repercusiones a largo plazo.

dinámica de competencia partidista que se ha venido desarrollando en la mayoría de los régímenes políticos post-1978. A través de la televisión, un candidato puede llegar al público instantáneamente sin necesidad de formar una organización, que además de ser una tarea ardua no garantiza ningún resultado electoral. Desde el comienzo de la democracia liberal hasta la década de 1980, la respuesta a la pregunta lanzada por Aldrich (1995), «¿Por qué partidos?», era obvia para los candidatos políticos: los partidos otorgaban una ventaja electoral enorme, casi indispensable¹³. Por el contrario, en la mayoría de los régímenes competitivos post-1978, esta ventaja es marginal o no existente.

Nuestros resultados apoyan las tesis que sostienen la importancia de las secuencias históricas y del *path dependency* en los procesos políticos (Collier y Collier, 1991; Dahl, 1971; Pierson, 2004; Ragin, 1987; Shefter, 1994; Thelen, 1999). El momento de fundación de la democracia tiene un gran impacto en las clases de partidos que emergen y en la estabilización de los sistemas de partidos; lo que ocurrió mucho tiempo atrás sigue dejando su impronta en la política partidista actual. Sin tener en cuenta los efectos del *timing* y de las secuencias, no podríamos entender por qué algunas democracias desarrollan sistemas de partidos estables mientras que otras no lo hacen.

En el Modelo 2.3, sumamos las variables independientes para la PEA y la densidad sindical. El número de observaciones se reduce en este modelo debido a algunas lagunas de información. Los resultados muestran que el porcentaje de PEA ocupada en industria, minería, transporte y construcción tiene un impacto estadísticamente significativo en la volatilidad. Cada incremento del 10% en la porción del trabajo empleado en estas actividades hace prever una reducción del 5,1% en la volatilidad electoral. Por lo tanto, los datos apoyan el argumento estructuralista sobre la estabilización de la competencia electoral. La densidad sindical, por su parte, no tiene un impacto en la volatilidad electoral, lo que es contrario a los resultados de Bartolini y Mair (1990: 231-238).

La mayoría de los resultados siguen siendo consistentes con los del Modelo 2.1. Cabe resaltar que en este modelo la variable inflación tiene un efecto estadísticamente significativo, aunque negativo, sobre la volatilidad electoral; lo que implica que a mayor inflación menor es la tasa de volatilidad prevista. Además, el NEP deja de ser significativo. Los resultados de la PEA y la densidad sindical son sugestivos pero no concluyentes debido a la ausencia de datos longitudinales en nuestra base de datos.

VI. ¿POR QUÉ LA COMPETENCIA ELECTORAL NO SE ESTABILIZA CON EL PASO DEL TIEMPO?

En esta sección, exploramos en detalle el sorprendente resultado de que una vez que controlamos por el año de nacimiento de una democracia, los sistemas de partidos democráticos no se estabilizan con el paso del tiempo. La Tabla III provee una perspectiva detallada de la evolución de la volatilidad en las 41 democracias inauguradas después de 1909. La tabla presenta las desviaciones con respecto a la volatilidad media

13. Los partidos también proveen de medios para organizar las legislaturas (J. ALDRICH, 1995: 29-45).

de cada país por período electoral, hasta un período máximo de 32 años después de la inauguración de la democracia.

Los resultados apuntan en la misma dirección que los presentados en la Tabla II. Si los sistemas de partidos comenzaran con una alta volatilidad y gradualmente se estabilizaran, la volatilidad debería comenzar con valores por encima de la media y dichos valores deberían caer progresivamente por debajo de ésta. Un número positivo en la Tabla IV indica que la volatilidad para un período electoral dado está por encima de la media para el conjunto de datos; un número negativo indica lo opuesto. Para estos 41 países, la volatilidad es ligeramente superior (1,15%) en el primer período electoral de democracia que la media para todo el período democrático. Después del primer período electoral, la volatilidad fluctúa por debajo de la media para el conjunto de datos hasta el undécimo período electoral. Con la excepción de una ligera reducción de la volatilidad desde el primer período electoral al sexto, los resultados no apoyan la idea de la estabilización de la volatilidad con el paso del tiempo.

TABLA III. DESVIACIÓN DE LA VOLATILIDAD ELECTORAL MEDIA POR PERÍODO ELECTORAL DESDE LA INAUGURACIÓN DE LA DEMOCRACIA

Período electoral desde la inauguración de la democracia	Número de casos	Desviación de la volatilidad electoral media de los países
Primer	41	1,15
Segundo	41	-,75
Tercero	36	-2,09
Cuarto	28	-,34
Quinto	23	-3,87
Sexto	21	-4,31*
Séptimo	21	-,32
Octavo	18	-3,17
Noveno	17	-2,57
Décimo	11	-2,15
Undécimo	6	-1,30

* Significativo comparado con el primer período electoral ($p < ,10$).

Una estimación de la diferencia de medias indica que sólo un período electoral, el sexto, tiene una volatilidad que es estadísticamente inferior al primer período, que es el de mayor volatilidad. Incluso el sexto período, en el cual la volatilidad promedio para los 21 países es un 4,3% inferior a su volatilidad media, es estadísticamente significativo por tan sólo un pequeño margen ($p = ,082$ en un T test de dos colas). Por tanto, la duración en el tiempo de los regímenes democráticos tiene un impacto pequeño o nulo en la estabilización de la competencia electoral. En consecuencia, la volatilidad a veces se mantiene alta por un largo período de tiempo (Rose y Munro, 2003).

Como nosotros rastreamos en la Tabla III la volatilidad electoral hasta un máximo de 32 años pero sin embargo medimos en la Tabla I la volatilidad media para un período más prolongado, la desviación con respecto a la volatilidad media de un país en la

Tabla III no es igual a cero (es $-1,43\%$). El hecho de que la media esté consistentemente por debajo de cero, desde el segundo hasta el undécimo período electoral, refleja una volatilidad «creciente» para el país que ha tenido más de once períodos electorales. Este subgrupo está formado por democracias antiguas y consolidadas –un conjunto de democracias cuya volatilidad electoral se ha incrementado ligeramente en décadas recientes (Dalton, McAllister y Wattenberg, 2000)–.

¿Por qué la duración en el tiempo de la democracia no tiene un mayor impacto sobre la estabilización de la competencia electoral? Las teorías que predicen un fortalecimiento gradual de la identificación partidista (Converse, 1969) o de la estabilización de la competencia electoral (Bartolini y Mair, 1990; Lipset y Rokkan, 1967) con el paso del tiempo asumen que la mayoría de los ciudadanos están lo suficientemente satisfechos con sus partidos como para seguir apoyándolos con el paso del tiempo. Estos autores asumen que las funciones de representación de los partidos son aquellas avanzadas por la teoría democrática (Manín, 1997; Pitkin, 1967) –es decir, que los partidos y los políticos deben proveer suficientes bienes públicos o servicios para su base de apoyo con la finalidad de forjar lazos duraderos entre los partidos y la ciudadanía–. Pero este supuesto ha probado ser erróneo en muchas democracias post-1978. En estos países, un gran número de ciudadanos considera que los partidos les han fallado de una manera persistente –una posibilidad que la mayoría de la literatura teórica sobre partidos y representación ha rechazado– (Mainwaring, Bejarano y Pizarro, 2006). Muchos partidos gobernantes no han llevado a cabo las políticas deseadas por los ciudadanos lo que ha generando desilusión y desapego hacia estos partidos. Por este motivo, los ciudadanos cambian su apoyo de un partido a otro según la elección. A su vez, en algunos países, los políticos se implican en prácticas de connivencia, decepcionando y defraudando a los ciudadanos. En lugar de brindar bienes públicos o bienes selectivos para sus bases de apoyo, como predecirían las versiones competitivas de la teoría democrática, muchos políticos se involucran en acciones de saqueo *predation* (Guevara Mann, 2001)¹⁴. Bajo estas circunstancias, los ciudadanos, en lugar de desarrollar vínculos cada vez más fuertes con los partidos tal y como Converse (1969) predijo, se vuelven cada vez más apáticos y hostiles (Mainwaring, Bejarano y Pizarro, 2006). Rechazan a los partidos y se vuelcan hacia independientes y *outsiders* políticos; en otras palabras, se vuelven apáticos o buscan involucrarse de manera no partidista.

En muchas democracias donde la insatisfacción ciudadana con los partidos está extendida, las etiquetas partidistas se vuelven cada vez menos útiles para las élites políticas. Los políticos tienen pocas razones para mantenerse fieles a etiquetas partidistas si las mismas se vuelven un obstáculo para ganar elecciones, como ha sido el caso de muchos políticos en Polonia (Zielinski, Slomczynski y Shabad, 2005). Bajo tales circunstancias, es más probable que los políticos se cambien de unos partidos a otros.

14. La literatura que analiza las motivaciones de los legisladores se ha enfocado primordialmente en su deseo de reelección y su «ambición progresiva», es decir, su deseo de escalar posiciones hacia políticas más altas. Raramente se ha examinado la depredación como un motivo para buscar un cargo político (C. GUEVARA MANN, 2001).

Cambios frecuentes en el lado de la oferta, que se originan al pasar las élites de un partido a otro, al formarse nuevos partidos, al desaparecer los antiguos, y/o al fusionarse o dividirse partidos, han contribuido enormemente a la alta volatilidad de muchas democracias post-1978 (Birch, 2003: 119-135; Kreuzer y Pettai, 2003; Rose y Munro, 2003).

Adicionalmente, en América Latina, muchos partidos fueron poco fiables programáticamente en las décadas de 1980 y 1990, al llevar a cabo cambios sustanciales en sus programas en respuesta a la crisis económica (Stokes, 2001). En aquellos países donde los cambios económicos en los programas no produjeron buenos resultados, los ciudadanos acabaron abandonando a los partidos que implementaron estas políticas. A su vez, en la mayor parte de América Latina, los partidos son programáticamente difusos, por lo cual, los votantes tienen razones programáticas débiles para mantenerse fieles a los partidos.

TABLA IV. CORRELACIONES DE VOLATILIDAD ELECTORAL PARA LOS PRIMEROS SIETE PERÍODOS ELECTORALES DESDE LA INAUGURACIÓN DE LA DEMOCRACIA

	N	1. ^o	2. ^o	3. ^o	4. ^o	5. ^o	6. ^o	7. ^o
1. ^o	41	1,000						
2. ^o	41		,681***	1,000				
3. ^o	36			,651***	,641***	1,000		
4. ^o	28				,559***	,459**	,619***	1,000
5. ^o	23					,577***	,363	,347
6. ^o	21						,201	,501**
7. ^o	21							,635***
								1,000
								,583***
								,428
								,324
								,499**
								,381
								,632***
								1,000

Nota: Los encabezados de las filas y columnas se refieren al número de períodos electorales a partir de la inauguración de la democracia. El primer período después de la inauguración de la democracia mide la volatilidad desde la primera elección a la segunda. Las cifras de las celdas son las correlaciones de Pearson entre la volatilidad de los países en el primer período electoral después de la inauguración de la democracia y su volatilidad en el segundo período electoral y así sucesivamente.

** p < ,05 *** p < ,01.

De manera consistente con el hallazgo de que la creciente longevidad de los regímenes competitivos no genera la estabilización de la competencia electoral, la mayoría de los 41 regímenes competitivos inaugurados después de 1901 no ha experimentado grandes cambios en la volatilidad electoral de una elección a la siguiente (Tabla IV). La correlación entre los valores de los países en el primer período electoral en la Tabla I y el segundo es de ,68 (n = 41); entre el segundo y el tercer período es de ,64 (n = 36); entre el tercero y el cuarto es de ,62 (n = 28) y entre el cuarto y quinto período es de ,73 (n = 23). Algunas de las correlaciones se mantienen moderadamente fuertes incluso para un período extendido. Por ejemplo, la correlación entre la volatilidad en el primer y el séptimo período es de ,58 (n = 21). Pocos países exhiben descensos notables en los niveles de volatilidad con el paso del tiempo (como es el caso de Brasil desde 1994), mientras que pocos manifiestan incrementos fuertes con el paso del tiempo (por

ejemplo, Colombia desde 1990, Italia desde 1993, Venezuela desde 1993). Por regla general, la volatilidad es bastante estable en la mayoría de los países. La mayoría de los países en nuestra base de datos comenzaron su andadura democrática con sistemas de partidos estables y los retuvieron, o comenzaron con una alta volatilidad electoral que no se redujo significativamente.

El hecho de que el momento de instauración del régimen democrático afecte fuertemente a los sistemas de partidos contemporáneos indica la existencia de un *path dependency*. La pregunta es por qué existe este *path dependency*; ya que como Thelen (1999) observó, mucha de la literatura que invoca la relevancia del *path dependency* no acierta a explicarlo. Nosotros proponemos que, en este caso, los incentivos de las élites y el grado de lealtad de las masas explican el *path dependency*. En las viejas democracias, las élites se apoyaban en partidos para ganar las elecciones, por tanto tenían incentivos para invertir en la formación de organizaciones partidistas. En la mayoría de las democracias post-1978, sin embargo, los candidatos se apoyan intensamente en la transmisión de imágenes y mensajes a través de los medios y tienen menos razones para invertir en crear una organización. Por otro lado, las fuertes lealtades engendradas por los partidos en las viejas democracias se mantuvieron gracias a la socialización política de generación en generación y porque los partidos fuertes, una vez establecidos, podían continuar recompensando a sus seguidores. En las nuevas democracias, por el contrario, nunca se terminaron de forjar fuertes lealtades entre los votantes y los partidos.

VII. CONCLUSIÓN

La creación de un sistema de partidos estable tiene importantes consecuencias para la política democrática. Sin embargo, a pesar de su relevancia, los motivos por los cuales algunas democracias desarrollaron sistemas de partidos estables mientras que otras no lo hicieron han recibido escasa atención. Este trabajo propone que el *timing* y la secuencia en la formación de los partidos y los regímenes democráticos son dos variables explicativas centrales. En primer lugar, el argumento del *timing* propone que los ciudadanos de las nuevas democracias tienen menos vínculos con los partidos que los que tenían generaciones anteriores en las viejas democracias donde los partidos ayudaron a crear y formar ciudadanos. Los partidos socialistas, laboristas, socialdemócratas y demócrata-cristianos formaron organizaciones y redes que forjaron fuertes vínculos entre los votantes y estos partidos. En segundo lugar, el argumento de la secuencia supone que las élites políticas tienen menos incentivos para invertir en la construcción partidista en las nuevas democracias, ya que en dichas democracias, los políticos pueden ganar las elecciones a través del uso intensivo de los medios de comunicación así como mediante la contratación de consultores de campaña.

El factor clave para la estabilización de la competencia electoral es cuándo la democracia nace, no cuán antigua es. Esto implica que sería imprudente esperar que los tipos de partidos con identidades fuertes y densas redes sociales que emergieron a principios del siglo XX se reproduzcan en las nuevas democracias del siglo XXI. Tampoco

consideramos que sea necesario que estos tipos de partidos emergan para que la democracia funcione bien. Sin embargo, la alta volatilidad presente en muchas democracias post-1978 sí podría tener consecuencias negativas para la representación política y la estabilidad democrática. La representación programática asume la existencia de partidos que representan ciudadanos sobre la base de cuestiones programáticas. Si con frecuencia los partidos principales desaparecen dejando lugar a nuevos partidos, es más improbable que los vínculos programáticos entre ciudadanos y partidos se formen y mantengan. Los movimientos sociales, las organizaciones no gubernamentales y los grupos de interés pueden articular intereses pero ni ellos ni tampoco los candidatos políticos independientes (no partidistas) son sustitutos de los partidos como mecanismos de representación. Una posibilidad realista aunque inquietante que muestra nuestro análisis es que los sistemas de partidos de muchas democracias post-1978 continúen empañados por la alta volatilidad electoral, con consecuencias adversas para la democracia y para la estabilización del sistema de partidos. Este resultado tiene importantes implicaciones para América Latina dado que la mayoría de las democracias de esta región se instauraron a partir de 1978.

Mientras que la fecha de nacimiento de las democracias tiene un fuerte impacto sobre la volatilidad electoral, la edad de la democracia tiene un impacto apenas perceptible. Converse (1969) argumentó que los ciudadanos llegarían con el paso del tiempo a identificarse más con los partidos, sin embargo, en muchas democracias post-1978 el rechazo de los ciudadanos hacia los partidos ha ido a más con el paso del tiempo. Como Dalton y Weldon (2007) comentan en su artículo, el desarrollo gradual de una identificación partidista depende de condiciones que no existen en muchos regímenes competitivos post-1978.

Según la hipótesis basada en literatura existente sobre el voto económico y la volatilidad electoral, una pobre *performance* económica por parte de los partidos gobernantes también eleva la volatilidad electoral, aunque nuestro análisis muestra un resultado modesto para esta variable. Este resultado ayuda a explicar la alta volatilidad media de las democracias post-1978, muchas de las cuales han experimentado un crecimiento económico bajo o negativo en las décadas de 1980 y 1990. Para nuestro grupo de países, y de manera inesperada, no encontramos evidencia de que la inflación tenga un claro impacto sobre la volatilidad.

Nuestros resultados también indican un impacto modesto del número efectivo de partidos en la volatilidad electoral. Dado que el primero está fuertemente influenciado por las reglas electorales, esto significa que las instituciones formales afectan la estabilización de la competencia electoral. Algunos científicos sociales contraponen argumentos que enfatizan el *path dependency* o la secuencia con aquellos que enfatizan los incentivos creados por las instituciones formales. Nuestros resultados muestran complementariedad en lugar de conflicto entre estos dos enfoques explicativos –específicamente entre los efectos institucionales de la fragmentación del sistema de partidos y los efectos de la secuencia y del *timing* de la democratización temprana–.

Los resultados apoyan los argumentos que defienden la distinta naturaleza de los sistemas de partidos post-1978 con respecto a los sistemas de partidos de las democracias

industriales avanzadas (Mainwaring, 1999; Mainwaring y Torcal, 2006). En particular, la mayoría de los primeros presentan mayor volatilidad que los segundos y no se están volviendo más estables con el paso del tiempo. Esta distinción empírica da lugar a algunos cuestionamientos teóricos que hemos examinado aquí. ¿Por qué los sistemas de partidos no se estabilizan con el paso del tiempo? ¿Por qué las identidades partidistas no se solidifican conforme avanza el tiempo, como Converse (1969) sugirió en su clásico artículo?

Finalmente, nuestro análisis apoya las tesis sobre la importancia de las secuencias y del *path dependency* en los procesos políticos. Hasta la fecha, la mayoría de los defensores de tales enfoques han empleado métodos cualitativos. Hay, sin embargo, poderosas ventajas para testar hipótesis sobre las secuencias históricas por medio de métodos cuantitativos, como hemos hecho aquí. Argumentos sobre los efectos del *path dependency* y de la secuencia histórica que se basan solamente en evidencia cualitativa son, a veces, menos rigurosos metodológicamente de lo que sería óptimo. La comprobación a través de métodos cuantitativos puede permitir una mejor evaluación de hipótesis alternativas y de la magnitud de los efectos de las variables. Por esta razón, el análisis cuantitativo puede enriquecer el estudio de secuencias históricas y del *path dependency*. No obstante, lo opuesto es también verdadero: tener presentes las secuencias históricas es necesario a la hora de realizar un análisis cuantitativo de algunas cuestiones importantes. Sin considerar el *timing* y la secuencia, los académicos cuantitativos podrían definir erróneamente algunos modelos *miss-specify* y no comprender la complejidad de algunos procesos causales.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- ALDRICH, John H. *Why Parties? The Origin and Transformation of Political Parties in America*. Chicago: University of Chicago Press, 1995.
- BARTOLINI, Stefano y MAIR, Peter. *Identity, Competition and Electoral Availability: The Stabilisation of European Electorates, 1885-1985*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- BIELASIAK, Jack. The Institutionalization of Electoral and Party Systems in Postcommunist States. *Comparative Politics*, 2002, vol. 34: 189-210.
- BIRCH, Sarah. *Electoral Systems and Political Transformation in Post-Communist Europe*. Basingstoke, Hampshire, England: Palgrave Macmillan, 2003.
- BRADER, Ted y TUCKER, Joshua A. The Emergence of Mass Partisanship in Russia, 1993-1996. *American Journal of Political Science*, 2001, vol. 45: 69-83.
- CHALMERS, Douglas A. *The Social Democratic Party of Germany: From Working Class Movement to Modern Political Party*. New Haven: Yale University Press, 1964.
- COLLIER, Ruth Berins y COLLIER, David. *Shaping the Political Arena*. Princeton: Princeton University Press, 1991.
- CONVERSE, Philip E. Of Time and Partisan Stability. *Comparative Political Studies*, 1969, vol. 2: 139-171.
- DAHL, Robert A. *Polyarchy: Participation and Opposition*. New Haven: Yale University Press, 1971.

- DALTON, Russell J.; McALLISTER, Ian y WATTENBERG, Martin. The Consequences of Partisan Dealignment. En DALTON, Russell J. y WATTENBERG, Martin (eds.). *Parties without Partisans: Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press, 2000.
- DALTON, Russell y WELDON, Steven. Partisanship and Party System Institutionalization. *Party Politics*, 2007, vol. 3: 179-196.
- DOWNS, Anthony. *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper and Row, 1957.
- GUEVARA MANN, Carlos. Forsaken Virtue: An Analysis of the Political Behavior of Panamanian Legislators, 1984-1999. Ph.D. Dissertation, University of Notre Dame, 2001.
- GURR, Ted Robert; JAGGERS, Keith y MOORE, Will. The Transformation of the Western State: The Growth of Democracy, Autocracy, and State Power since 1800. *Studies in Comparative International Development*, 1990, vol. 25: 73-108.
- HINICH, Melvin y MUNGER, Michael. *Ideology and the Theory of Political Choice*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1994.
- JAGGERS, Keith y GURR, Ted Robert. Tracking Democracy's Third Wave with the Polity III Data. *Journal of Peace Research*, 1995, vol. 32: 469-482.
- KALYVAS, Stathis N. *The Rise of Christian Democracy in Western Europe*. Ithaca: Cornell University Press, 1996.
- KITSCHELT, Herbert; MANSFELDOVA, Zdenka y GABOR TOKA, Radoslaw Markowski. *Post-Communist Party Systems: Competition, Representation, and Inter-party Competition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- KREUZER, Marcus y PETTAI, Vello. Patterns of Political Instability: Affiliation Patterns of Politicians and Voters in Post-Communist Estonia, Latvia, and Lithuania. *Studies in Comparative International Development*, 2003, vol. 38: 76-98.
- LAAKSO, Markku y TAAGEPERA, Rein. Effective' Number of Parties: A Measure with Application to Western Europe. *Comparative Political Studies*, 1979, vol. 12: 3-27.
- LIPSET, Seymour Martin y ROKKAN, Stein. Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction. En LIPSET, Seymour Martin y ROKKAN, Stein (eds.). *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives*. New York: Free Press, 1967.
- MADRID, Raúl. Ethnic Cleavages and Electoral Volatility in Latin America. *Comparative Politics*, 2005, vol. 38: 1-20.
- MAINWARING, Scott P. *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1999.
- MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO, Eduardo. The Crisis of Democratic Representation in the Andes: An Overview. En MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO, Eduardo (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford, CA: Stanford University Press, 2006, pp. 1-44.
- MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy R. Party Systems in Latin America. En MAINWARING, Scott y SCULLY, Timothy R. (eds.). *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America*. Stanford, CA: Stanford University Press, 1995, pp. 1-34.
- MAINWARING, Scott y TORCAL, Mariano. Party System Institutionalization and Party System Theory After the Third Wave of Democratization. En KATZ, Richard S. y CROTTY, William (eds.). *Handbook of Political Parties*. London: Sage Publications, 2006, pp. 204-227.
- MANIN, Bernard. *Principles of Representative Government*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- MANIN, Bernard; PRZEWORSKI, Adam y STOKES, Susan C. Introduction. En MANIN, Bernard; PRZEWORSKI, Adam y STOKES, Susan C. (eds.). *Democracy, Accountability, and Representation*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

- MAYORGA, René Antonio. *Outsiders and Neo-Populism: The Road to Plebiscitary Democracy*. En MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO, Eduardo (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press, 2006.
- MOSER, Robert. Electoral Systems and the Number of Parties in Post-Communist States. *World Politics*, 1999, 51: 359-384.
- . *Unexpected Outcomes: Electoral Systems, Political Parties, and Representation in Russia*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2001.
- PEDERSEN, Mogens N. Changing Patterns of Electoral Volatility in European Party Systems: Explorations in Explanation. En DAALDER, Hans y MAIR, Peter (eds.). *Western European Party Systems: Continuity and Change*. Beverly Hills, CA y London: Sage, 1983.
- PIERSON, Paul. *Politics In Time: History Institutions, and Social Analysis*. Princeton: Princeton University Press, 2004.
- PITKIN, Hannah Fenichel. *The Concept of Representation*. Berkeley: University of California Press, 1967.
- PIZZARNO, Alessandro. Interests and Parties in Pluralism. En BERGER, Suzanne (ed.). *Organizing Interests in Western Europe: Pluralism, Corporatism, and the Transformation of Politics*. New York: Cambridge University Press, 1981.
- PRZEWORSKI, Adam. Some Problems in the Study of the Transition to Democracy. En O'DONNELL, Guillermo; SCHMITTER, Philippe y WHITEHEAD, Laurence (eds.). *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Parte III. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986.
- RAGIN, Charles C. *The Comparative Method: Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*. Berkeley: University of California Press, 1987.
- REMMER, Karen. The Political Impact of Economic Crisis in Latin America in the 1980s. *American Political Science Review*, 1991, vol. 85: 777-800.
- ROBERTS, Kenneth M. y WIBBELS, Erik. Party Systems and Electoral Volatility in Latin America: A Test of Economic, Institutional, and Structural Explanations. *American Political Science Review*, 1999, vol. 93: 575-590.
- ROSE, Richard y MUNRO, Neil. *Elections and Parties in New European Democracies*. Washington, DC: CQ Press, 2003.
- ROSE, Richard; MUNRO, Neil y WHITE, Stephen. Voting in a Floating Party System: The 1999 Duma Election. *Europe-Asia Studies*, 2001, vol. 53: 419-443.
- SARTORI, Giovanni. *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis*. New York and Cambridge: Cambridge University Press, 1976.
- . The Influence of Electoral Systems: Faulty Laws or Faulty Method? En GROFMAN, Bernard y LIJPHART, Arend (eds.). *Electoral Laws and Their Political Consequences*. New York: Agathon, 1986.
- . Video-Power. *Government and Opposition*, 1989, vol. 24: 39-53.
- SCHMITTER, Philippe C. Parties Are Not What They Once Were. En DIAMOND, Larry y GUNTHER, Richard (eds.). *Political Parties and Democracy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001.
- SHAMIR, Michal. Are Western Party Systems «Frozen»? A Comparative Dynamic Analysis. *Comparative Political Studies*, 1984, vol. 17: 35-79.
- SHEFTER, Martin. *Political Parties and the State: The American Historical Experience*. Princeton: Princeton University Press, 1994.
- STOKES, Susan. *Mandates and Democracy: Neoliberalism by Surprise in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

- TANAKA, Martín. From Crisis to Collapse of the Party Systems and Dilemmas of Democratic Representation: Peru and Venezuela. En MAINWARING, Scott; BEJARANO, Ana María y PIZARRO, Eduardo (eds.). *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press, 2006.
- TAVITS, Margit. The Development of Stable Party Support: Electoral Dynamics in Post-Communist Europe. *American Journal of Political Science*, 2005, vol. 49: 283-298.
- THELEN, Kathleen. Historical Institutionalism in Comparative Politics. *Annual Review of Political Science*, 1999, vol. 2: 369-404.
- WILSON, Sven E. y BUTLER, Daniel M. *A Lot More to Do: The Promise and Peril of Panel Data in Political Science*. Mimeo.
- ZIELINSKI, Jakub; SLOMCZYNSKI, Kazimierz M. y SHABAD, Goldie. Electoral Control in New Democracies: The Perverse Incentives of Fluid Party Systems. *World Politics*, 2005, vol. 57: 365-395.